
Por Tierra de Arachanes

Javier de Viana

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 7905

Título: Por Tierra de Arachanes

Autor: Javier de Viana

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 14 de diciembre de 2022

Fecha de modificación: 14 de diciembre de 2022

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Por Tierra de Arachanes

En el crepúsculo

Un amplio ademán, un silbido en el aire, un golpe en el agua y heme aquí pescando...

¡Pescar!... No existe en la vida aburrimiento más entretenido. Alguien definió al pescador: «un aparato que empieza en un anzuelo y concluye en un zonzo». Y aunque así fuese ¿quién más feliz que los zonzos?... Creer —como los tres infusorios de Baritina,— que el mundo es la gota de agua donde moran; que más allá no hay espacio; que ellos son los reyes de la creación, señores de todo y a todo superiores; mirarse a sí mismo con la admiración de un bolonio de tierra adentro contemplando el mar; no sentir en el alma la formicación de anhelos que piden alas y espacio; no tener un organismo dolorosamente sensible a las impresiones sutiles, y, sobre todo, no llevar bajo la bóveda craneana una abominable máquina de ideas... ¿qué suerte mejor?...

Solitario, silencioso, aniquilado entre las dos grandes masas azules, —el cielo y el río,— el pescador espera y sueña. Su pensamiento se desliza suavemente sobre las aguas, choca en las barrancas de la opuesta ribera, retrocede, remolinea en la corriente, llega, torna, va y vuelve, satisfecho y adormecido en el dulce hogar sin sacudidas. Sueña y espera; que para eso lanzó al río el anzuelo, como en la vida se larga de cuando en cuando una esperanza al mar oscuro del porvenir... De pronto le hace temblar un débil temblor de la línea; ¡pica! ¿morderá? ¿no morderá?.. ¿Será un pez serio, dispuesto al sacrificio, o un pececillo informal y burlón?... ¡Cuántas deliciosas ansiedades, cuántas gratas combinaciones hormiguan en la mente del pescador!... ¡Quién no ha sido

pescador alguna vez en su vida! Un tirón más recio, una sacudida violenta... ¡ya está!... Recoge, recoge presuroso, soñando surubíes y dorados; y las más de las veces, tras grandes inquietudes y dilatadas esperanzas, encuentra al extremo de la línea, un pobre bagrecito que gruñe, salta y se resiste, sin comprender, ¡el infeliz! que es soberana tontería encolerizarse después de haber cometido la tontería de tragar el anzuelo!...

El pescador arroja al cesto la mísera presa, ceba con afán y lanza otra vez el aparejo para soñar de nuevo con capturas importantes... ¿Ridículo?... ¿Porqué?... Toda la felicidad humana reposa en el poder de esperar. Solamente lo ignorado es grande y en la sed insaciable del porqué de la vida, está el misterioso encanto de los abismos. Cuando la ciencia los haga luminosos, cuando no hayan ya sombras para servir de nido a la quimera, la existencia, sin objeto, se marchitará, se agotará, se apagará. El exceso de luz matará al hombre, haciéndose carne la ficción bíblica del árbol maléfico de la fruta prohibida... Dígase cuanto se quiera, la pequeña flor azul del ideal es la estrella de los reyes magos en la ignorada ruta, agria y tortuosa, que va desde la cuna hasta el sepulcro. Y cuando se haya explicado todo, ya no tendrá explicación la vida. A través de los siglos, cada gran convulsión del alma humana, ávida de luz, arranca un pétalo a la divina florecita azul; y cada verdad adquirida, es una ilusión deshojada, cada misterio esclarecido, es una esperanza muerta. El día de la última y definitiva batalla; cuando tenga a sus pies como misérrimo botín de guerra, la masa de símbolos deshechos, el hombre echará a andar sobre inconmesurable planicie luminosa, siempre lisa, siempre clara, siempre igual, sin recodos, sin sombras, sin secretos. Entonces se preguntará porqué anda aún, cuando ya no le restan ni razones ni pretextos. No engendrará, porque el amor quemó sus alas en la hoguera del saber. Disecada el alma fibra a fibra, puesto el corazón a descubierto, como una pieza anatómica, clasificados los sentimientos como simples reacciones de química biológica, adiós la amistad, adiós el

patriotismo, el desinterés, el honor, la abnegación, el sacrificio, todos los necios compases de la vieja armonía. El egoísmo, semejante a la noche glacial imaginada por Byron, se extenderá en una ola de muerte, lenta y continua desde los polos hasta el ecuador del alma. Con la convicción de la *inutilidad del esfuerzo*, cesará la *voluntad de vivir*; y el ciclo fatal se cerrará en las sombras de la suprema civilización — *iwords, words, and words!*— para recomenzar en las sombras de la suprema simplicidad de! génesis.

Mientras el pescador, atento al temblor de la línea, se abstrae y sueña, las aguas del río corren en fatigosa actividad, lamiendo los fondos, mordiendo las barrancas, para ir a echarse en borbollones espumosos sobre la amplia laguna que verterá luego sus riquezas en el mar. Involuntariamente vienen a mi memoria, dos versos del tierno y olvidado poeta a quien es ridículo citar en esta época en que se jura por Rimbaud, Verlaine y Mallarmé: «*L'homme n'a point de port, le temps n'a point de rive; il coule, et nous passons!...*»

¿Por qué esa actividad infatigable? Por qué ese afanoso viajar del suelo al cielo y del cielo al suelo, cambiando constantemente de tonos, hoy lluvia mansa y huracán mañana, suave deslizar ahora y luego devastador torrente? ¿Por qué? ¿Para qué?... Reír en el murmurio de blancas linfas que hamacan camalotes; rugir en el borbollón de turbias aguas que arrancan coronillas; ser una sonrisa ahora y más tarde gesto airado; hoy dar la vida en forma de riego fecundo a los árboles que engalanan la ribera, y mañana arrancarlos de cuajo y enviarlos a la mar como osamentas inservibles; dormirse en un remanso para cantar amores en notas perfumadas, y despeñarse en seguida en la abra angosta, revolviendo lodo y escupiendo espumas; desparramarse en la laguna como extensa y límpida mirada de alma buena, y holgar en el estero con la ambigüedad traicionera de esos párpados que se cierran a medias dejando en el espíritu la duda de sus fondos; por instantes magnánimo distribuidor de mercedes, y en ocasiones implacable espada que al abatir cabezas no reconoce méritos ni desméritos; fuerza ciega y

fatal que crea y destruye sin saber porqué; que ríe, que llora, que ruge, que hace brotar corolas polícromas o que troncha vidas lozanas, sin alegrarse, sin inmutarse, sin satisfacción y sin remordimiento... tal es la vida.

Javier de Viana



Javier de Viana (Canelones, 5 de agosto de 1868 – La Paz, Canelones, 25 de octubre de 1926) fue un escritor y político periodista uruguayo de filiación blanca.

Sus padres fueron José Joaquín de Viana y Desideria Pérez, fue descendiente por parte de padre del Gobernador Javier de Viana. Recibió educación en el Escuela y Liceo Elbio Fernández y por un corto período cursó estudios en la

Facultad de Medicina. A los dieciocho años participó de la revolución del Quebracho, de la cual realizó una serie de crónicas reunidas en un volumen llamado Recuerdos de una campaña y recogidas posteriormente por Juan E. Pivel Devoto en la obra Crónicas de la revolución del Quebracho.

Trabajó de periodista, primero en La Verdad, de Treinta y Tres, y luego en la ciudad de Montevideo. Participó junto a Elías Regules, Antonio Lussich, El Viejo Pancho, Juan Escayola, Martiniano Leguizamón y Domingo Lombardi, entre otros, de la publicación El Fogón, la más importante del género gauchesco que tuvo la región, fundada por Orosmán Moratorio y Alcides de María en septiembre de 1895. En 1896 editó una colección de relatos llamada Campo. En este tiempo se dedica infructuosamente a las tareas agropecuarias, arrendando la estancia «Los Molles». Edita en 1899 su novela Gaucha, y dos años más tarde, Gurí.

Se involucró en la insurrección armada nacionalista de 1904, en la que es hecho prisionero. Logró escapar y emigrar a Buenos Aires, donde subsistió escribiendo cuentos en distintas publicaciones, como Caras y Caretas, Atlántida, El Hogar y Mundo Argentino. Entre 1910 y 1912 se editan en Montevideo distintas obras que reúnen sus relatos. En 1918 regresa a Uruguay y trabaja en varias publicaciones, en particular en el diario El País. Es elegido diputado suplente por el departamento de San José en 1922 y ocupa su titularidad al año siguiente.